

pueblo volviese á entregar á un solo hombre el poder y el hacha para inmolar á todos sus enemigos á la vez. Los girondinos aumentaban estas noticias sin creerlas. Los partidos se combatian con sospechas, y cuando la sospecha del realismo no podia alcanzar á nadie, la sospecha de aspirar á la dictadura era el golpe mas mortal que los partidos podian darse.

Si la soberanía de la opinion era el único sueño de Robespierre, en una confusa lontananza, segun su confidente Lebas creia leerlo en los pensamientos de su amigo, el aspirar entonces á una dictadura directa, era una calumnia contra su buen sentido. Aun necesitaba aumentar inmensamente la confianza y el fanatismo del pueblo en su favor, para atreverse á dominar la representacion. Sus enemigos se encargaban de elevarle atacándole; acusarle de pretender la dictadura era prestar dos servicios á su fama. Era por un lado prepararle una ocasion fácil y cierta de demostrar su inocencia; era por otro dar la idea del crimen de que se le acusaba, y formarle una candidatura para el poder supremo por conducto mismo de sus calumniadores; doble fortuna para un ambicioso.

## XVI.

La cólera y la impaciencia de los jóvenes girondinos no hicieron ninguna de estas reflexiones. Se reunieron en casa de Barbaroux, se acalararon con sus mismas prevenciones, resolvieron atacar de repente y cuerpo á cuerpo la tiranía de Paris, en la persona y bajo el nombre de Robespierre. Echando sobre él todo lo odioso de aquella tiranía, tenian la ventaja de aflojar del lado de Danton, á quien temian mas: creian de este modo atacar la municipalidad por lo mas vulnerable de sus triumviros, y no dudaban triunfarian con facilidad. Algunos de sus

amigos de mas edad y mas contemporizadores, como Brissot, Sieyes y Condorcet, les aconsejaron dilatar el ataque, y esperar á que se suscitase un conflicto inevitable y próximo entre la municipalidad y la Convencion. Los mas animados contestaron, que el dar tiempo á una faccion, era darla fuerzas; que el valor era siempre la mejor política; que era una habilidad arrancar desde el primer dia la república á los facciosos que querian apoderarse de ella en la cuna; que era preciso no dejar á la indignacion de la Francia contra los asesinos de setiembre el tiempo de calmarse, y si comprometer desde el primer momento la mayoría de la Convencion contra los hombres sanguinarios que amenazaban sujetarlo todo, y que ademas habia en ellos algo que les determinaba mas que la política, que era el sentimiento y el horror de su alma contra aquellos seductores del pueblo, y la imposibilidad de que hombres de corazon sano se confundiesen con los asesinos, y parecer tolerarlos ó temerlos teniendo consideracion por mas tiempo.

Avergonzado el intrépido Vergniaud de haber sufrido durante seis semanas la tiranía de los oradores de la municipalidad, no trataba ni de activar ni de contener el ardor de sus jóvenes compatriotas. Ni huia ni pedia el combate; solo se declaraba pronto á aceptarle y sostenerle. Su alma, su palabra y su sangre todo lo ofrecia por la salvacion de la patria y la pureza de la republica.

Sieyes, sobre todo, que en los primeros tiempos era buscado por los girondinos, y que los veia todas las noches en la tertulia de madama Roland, les dió en términos lacónicos consejos de táctica, y les presentó planes metafísicos de constitucion. Los girondinos le consideraban como su hombre de Estado. Sieyes, espíritu previsor, aunque detestaba á Robespierre, Marat y Danton, hubiera querido que antes de atacar la municipalidad hubiesen separado á Danton, y hecho un pacto con Dumouriez que les asegurase otra fuerza distinta de la tri-

buna, contra las bandas insurreccionales del ayuntamiento. «No espongais, les dijo, la república en una batalla en las calles, antes de tener los cañones de vuestra parte.» Vergniaud convino en lo acertado de esta palabra; pero la impaciencia de la juventud, la vergüenza de retroceder, las elocuentes escitaciones de madama Roland vencieron á los frios cálculos.

## XVII.

Entre tanto los jacobinos se aumentaban de nuevo hacia dos dias, y Marat y Robespierre volvieron á presentarse.

La Convencion emprendió sus trabajos. Oyó al principio favorablemente una relacion enérgica de Roland, que proclamaba los verdaderos principios de orden y legalidad, y que pedía á la Asamblea asegurase su propia dignidad contra los movimientos populares, con una fuerza armada para defender la representacion nacional. El momento era oportuno para atacar la municipalidad y desherrar sus escesos. En la sesion del 24 de setiembre, Kersaint, noble breton, intrépido oficial de marina, escritor político elocuente, reformador decidido por la regeneracion social, unido desde el primer dia con los girondinos por un mismo amor por la libertad, y por el mismo horror al crimen, pidió repentinamente, con motivo de un desorden en los Campos Eliseos, que se nombrasen comisionados para vengar la violacion de los primeros derechos del hombre, la libertad, la propiedad y la vida de los ciudadanos. «Es tiempo, dijo Kersaint, de levantar cadalsos para los asesinos y para aquellos que inciten al asesinato.» Luego, volviéndose del lado de Robespierre, de Marat y de Danton, y pareciendo dirigir á ellos una sangrienta alusion: «¿Hay quizá, continuó con

atronadora voz, hay quizá algun valor en levantarse aqui contra los asesinos!...» La Asamblea se estremeció y aplaudió.

Tallien pidió que se aplazase aquella proposicion. «Aplazar el castigo del crimen, es proclamar la impunidad de los asesinatos,» dijo Vergniaud. Fabre de Eglantine, Sergent, Collot de Herbois, creyéndose aludidos, se opusieron á la proposicion de Kersaint, y justificaron á los ciudadanos de Paris. «Los ciudadanos de Paris, exclamó Lanjuinais, están llenos de estupor; cuando llegué á la capital, me estremecí.» Empezaron los murmullos, y Buzot, confidente de Roland, preparado para hablar por la comunicacion que recibiera del informe, se aprovechó de la inesperada emocion producida por el discurso de Kersaint, para subir á la tribuna y empezar el combate ensanchando el terreno.

## XVIII.

«En medio de la violenta agitacion que ha producido la propuesta de Kersaint, dijo Buzot, necesito conservar la sangre fria que conviene á un hombre libre. No basta llamarse republicano y sufrir bajo este nombre nuevos tiranos. Estraño á los partidos, he llegado aqui con la confianza de que podria conservar la independencia de mi alma, y es bueno que sepa lo que debo esperar ó temer. ¿Estamos seguros? ¿Existen leyes contra los que esciten al asesinato? ¿Se cree que nosotros no hemos traído un alma republicana, pero incapaz de ceder á las amenazas y á las violencias de hombres, cuyo fin ni designios no conozco? Se os pide una fuerza pública; eso es lo mismo que os pide el ministro del Interior, Roland, quien á pesar de las calumnias que se le dirigen, es á vuestros ojos uno de los hombres mas honrados de la Francia

(aplausos). Yo pido tambien una fuerza pública á la que concurren todos nuestros departamentos. Es necesaria una ley contra esos hombres infames que asesinan, porque no tienen valor para combatir... ¿Se cree hacernos esclavos de algunos diputados de Paris?»

Estas enérgicas espresiones de Buzot, conmovieron á la Convencion, y las aclamaciones en todos los bancos de los diputados de los departamentos apoyaron sus palabras. Los diputados de Paris y sus adictos callaron y quedaron consternados, y la proposicion se votó. Por la noche los doce diputados de Paris, se trasladon en masa á la sesion de los Jacobinos para exhalar su cólera y para concertar su venganza. «Es necesario, dijo Chabot, que los jacobinos, no solo de Paris, sino de todo el imperio, obliguen á la Convencion á dar á la Francia el gobierno que elija. La Convencion retrocede y los intrigantes se apoderan de ella. Los aduladores de la secta de Brissot y de Roland quieren establecer un gobierno federal para reinar sobre nosotros por sus departamentos.»

Al decir, estas palabras aparece Petion y sube á la tribuna. Brissot escribe que pide esplicarse fraternalmente. Fabre de Eglantine ataca á Buzot y denuncia su discurso de la mañana como una combinacion preparada en la casa de Roland para prevenir el ánimo de la Convencion contra Paris. Petion defiende á Buzot, no solo á título de amigo, dice, sino como uno de los ciudadanos mas decididos por la libertad y por la república. Billaud-Varennes, Chabot y Camilo Desmoulins, llaman á Buzot malvado. Grangeneuve y Barbaroux amenazan á la diputacion de Paris con la llegada de nuevos marseleses. La sesion se levanta en medio del mas inesplicable tumulto, y la guerra queda declarada.

El combate empieza al dia siguiente en la sesion de la Convencion. Se levanta Merlin. «Se habla de señalar la órden del dia, dice, la única órden del dia es hacer que cesen las desconfianzas que nos dividen y que perderian la causa pública. Se habla de tiranos y de dictadores, pido que se les nombre, y que se me designen como aquellos á quienes debo dar de puñaladas. Intimo á Lasource que me dijo ayer existia aqui un partido dictatorial, que nos le designe.»

Lasource, amigo de Vergniaud y casi tan elocuente, se levanta indignado de aquella pérdida interpelacion. «Es bien extraordinario, dice, que interpelándome el ciudadano Merlin me calumnie. Yo no he hablado de dictador, sino de dictadura: he dicho que hay aqui ciertos hombres, que me parece tienden al dominio por medio de las intrigas. Es una conversacion particular lo que el ciudadano Merlin revela; pero lejos de quejarme de esa indiscrecion, me alegro: lo que he dicho en confianza lo volveré á decir en la tribuna, y aliviare de un peso á mi corazon. Ayer por la noche en los Jacobinos oí denunciar á las dos terceras partes de la Convencion, como que conspiraban contra el pueblo y contra la libertad; al salir, algunos ciudadanos se agruparon á mi alrededor, y el ciudadano Merlin fué uno de ellos. Les pinté, con un calor que yo no puedo contener cuando se trata de mi patria, mi inquietud y mi dolor. Se gritaba contra el proyecto de ley que pide el castigo para los instigadores del asesinato. He dicho y repito, que esta ley solo puede asustar á aquellos que mediten crímenes y que los atribuyen despues al pueblo, de quiense llaman únicos amigos. Se gritaba contra la proposicion de dar una guardia á la Convencion; he dicho y vuelvo á decir que la Con-

vencción nacional no puede quitar á todos los departamentos de la república el derecho de velar por el depósito común y por la libertad de sus representantes. No es al pueblo á quien yo temo, él es quien nos ha salvado, y pues que al fin es necesario hablar de sí mismo, son los ciudadanos de París quienes me han salvado en el terraplen de los Fuldenses: ellos son, quienes apartaron de mí la muerte que me amenazaba, y quienes separaron de mi pecho treinta estocadas. No, no es al ciudadano á quien yo temo, es al cobarde asesino que da de puñaladas. ¿Causa esto admiración? Yo interpelo á mi vez á Merlin. ¿No es verdad que me ha advertido en confianza uno de estos días en el comité de vigilancia, que yo debía ser asesinado sobre el umbral de mi puerta al entrar en mi casa, como otros muchos de mis colegas? Si, no temo el despotismo de París, temo el dominio de los intrigantes que le oprimen sobre la Convención nacional; no quiero que París llegue á ser para el imperio francés lo que Roma para el imperio romano. Aborrezco á los hombres que en el mismo día en que se cometían los asesinatos, se han atrevido á decretar mandamientos de arresto contra ocho diputados y quieren llegar por medio de la anarquía á aquel dominio de que están sedientos. Yo no designo á nadie, sigo con la vista el plan de los conjurados y levanto la cortina: cuando los hombres en quienes me fió, me hayan dado bastante luz para verlos bien y para enseñarlos á la Francia, yo vendré á esta tribuna á quitarles la máscara, aunque deba al bajar sucumbir á sus golpes. Me habré vengado, y el poder nacional que anonadó á Luis XVI, anonadará á todos los hombres ávidos de dominación y de sangre.»

Prolongados aplausos siguieron á estas palabras; la energía de Lasource pareció haber vuelto la respiración á la Asamblea. Rebecqui nombró á Robespierre. «He ahí el partido, exclamó; he ahí el hombre que yo os denuncio.»

Danton, que se creía aun con bastante apoyo en am-

bos lados de la Convención para sostenerse y para interponerse como un terrible mediador, pidió la palabra.

«Es un bello día para la nación, dijo, es un bello día para la república, aquel que nos conduce á una esplicación fraternal. Si hay culpables, si existe un hombre perverso que quiera dominar despóticamente los representantes del pueblo, su cabeza caerá tan pronto como sea descubierto. Esta imputación no debe ser vaga é indeterminada. El que la haga debe firmarla. Yo la haré, aun cuando deba costar la vida á mi mejor amigo. No defendiendo en masa á la diputación de París, no respondo por nadie (indica con una mirada desdeñosa el banco de Marat) y solo os hablaré de mí. Estoy pronto á trazáros el cuadro de mi vida pública; desde hace tres años he hecho lo que he creído deber hacer por la libertad. Mientras que duró mi ministerio, he empleado todo el vigor de mi carácter y toda la actividad de un ciudadano á quien abrasa el amor de su país. Si con respecto á esto hay alguno que pueda acusarme, que se levante y que hable. Existe, es verdad, en la diputación de París un hombre, cuyas opiniones exageran y desacreditan el partido republicano; este hombre es Marat. Bastante y demasiado tiempo se me ha acusado de ser el autor de sus escritos; invoco el testimonio del ciudadano que os preside. Petion tiene en sus manos la amenazadora carta que me ha dirigido Marat, y ha sido testigo de un altercado entre Marat y yo en el ayuntamiento. Pero yo atribuyo aquellos escesos á las vejaciones que este ciudadano ha sufrido, y creo que los sótanos en que ha estado encerrado ulceraron su alma. ¿Por que haya algunos individuos exagerados, se debe acusar á toda una diputación? En cuanto á mí, no pertenezco á París; he nacido en un departamento hácia el que se vuelven siempre mis miradas con un sentimiento de placer; pero ninguno de nosotros pertenece á tal ó cual departamento, todos pertenecemos á la Francia entera. Demos una ley que im-

ponga la pena de muerte contra cualquiera que se declare en favor de la dictadura ó del triumvirato. Se dice que hay entre nosotros hombres que quieren dividir la Francia; hagamos desaparecer estas ideas absurdas pronunciando la pena de muerte contra ellos. La Francia debe ser indivisible. Los ciudadanos de Marsella quieren dar la mano á los ciudadanos de Dunkerque. Votemos la unidad de la representacion y del gobierno; y es seguro que los austriacos no sabrán, sin estremecerse, esta santa armonía. Entonces, os lo juro, acabaron nuestros enemigos.»

Bajó Danton de la tribuna entre el ruido de los aplausos. Las asambleas, indecisas siempre por naturaleza, adoptan con entusiasmo las proposiciones dilatorias que les evitan la necesidad de pronunciar su fallo.

Impaciente, sin embargo, Buzot, de poder contar una victoria á madama Roland, no se contentó con obtener para su partido aquella denegacion del juicio, con las leyes de muerte de dobles filos, ni con aquellos juramentos equívocos de unidad y de indivisibilidad de la república. «Y ¿quién os dijo, ciudadano Danton, que nadie pensase en romper esa unidad? respondió. ¿No he pedido yo que fuese consagrada y garantida por una guardia compuesta de hombres enviados por todos los departamentos? ¿Nos hablan de juramentos? yo no creo en los juramentos. Los La Fayette, los Lameth habian hecho uno y le han violado. ¿Nos hablan de decreto? Un simple decreto no basta para asegurar la indivisibilidad de la república. Es necesario que esta unidad exista de hecho. Es necesario que una fuerza armada, enviada por los ochenta y tres departamentos, rodee la Convencion. Pero todas estas ideas necesitan coordinarse, y yo pido que se envíen á la comision de los Seis.»

La obstinacion de Buzot reanimó la audacia de los jóvenes girondinos desconcertada un momento por la voz de Danton. Vergniaud, Guadet, Petion, callaban y pare-

cian mostrar en su fisonomía y en su actitud una repugnancia á llevar el combate mas adelante. Robespierre, llamado por su nombre, sabió con lentitud y solemnidad los escalones de la tribuna. Todas las miradas se fijaron en él. El odio prematuro de los girondinos le habia proporcionado, para un orador popular, el mas interesante papel: El de la inocencia que se defiende, y el de la fuerza que se modera.

## XX.

«Ciudadanos, dijo, al subir á esta tribuna para responder á la acusacion dirigida contra mí, no es mi propia causa la que vengo á defender, sino la causa pública. Al justificarme no creais que me ocupo de mí mismo, sino de la patria. Ciudadano « continuó apostrofando á Rebecqui, » ciudadano, que habeis tenido valor de acusarme de querer sujetar mi país á la faz de los representantes del pueblo, en este mismo sitio en que he defendido sus derechos, yo os doy gracias. Reconozco en este acto el civismo que caracteriza la ciudad célebre (Marsella) que os nombró diputado. Os doy gracias, porque todos ganaremos con esta acusacion. Se me ha designado como el gefe de un partido, que se señala á la animadversion de la Francia como aspirante á la tiranía. Hombres hay que sucumbirian bajo el peso de semejante acusacion; pero yo no temo, gracias á lo que he hecho por la libertad; yo soy quien ha combatido durante tres años todas las facciones en la Asambrea constituyente; yo soy quien ha combatido la corte, desdenando sus presentes, despreciando los obsequios del partido mas seductor que despues se habia elevado para oprimir la libettad!»

Muchas voces, cansadas de este vago panegrico de si mismo interrumpieron á Robespierre, diciéndole que entrase en la cuestion. Tallien reclamó la atencion para

el diputado de París. Robespierre, que ya no hallaba el favor y el respeto de que gozaba en los Jacobinos, se detuvo un momento en su discurso, é imploró el silencio de la generosidad de sus acusadores, recordando de nuevo sus servicios á la revolucion.

«Pero, ahí es, continuó, donde comenzaron mis crímenes; porque un hombre que luchó tan largo tiempo contra todos los partidos con un valor fuerte é inflexible, sin proporcionarse ningun partido á sí mismo, debía ser objeto del odio y de las persecuciones de todos los ambiciosos y de todos los intrigantes. Cuando quieren principiar un sistema de opresion, su primer pensamiento debe ser separar este hombre. Sin duda que otros ciudadanos han defendido mejor que yo los derechos del pueblo; pero yo soy el que puede gloriarse de tener mas enemigos y haber sufrido mas persecuciones.»

—¡Robespierre! gritaron por todas partes, ¡dinos sencillamente si has aspirado á la dictadura ó al triunvirato! Robespierre se indigna de los estrechos límites que prescriben á su defensa. La Convencion murmura, y con su poca atencion manifiesta su cansancio.—Abrevia, abrevia, gritan á Robespierre de todos los bancos.—No abreviaré, replica, os recuerdo vuestra dignidad; invoco la justicia de la mayoría de la Convencion contra ciertos miembros que son mis enemigos...»

«Aquí hay unidad de patriotismo y no es por odio por lo que se te interrumpe, le responde Cambon.» Ducós pide que en interés de los mismos acusadores se oiga al acusado con atencion.

## XXI.

Robespierre continúa en medio de las risas y de los sarcamos: «Que aquellos que me responden con riso-

tadas y con murmullos se constituyan en tribunal, y pronuncien mi sentencia; ¡ese será el día mas glorioso de mi vida! ¡Ah! ¡si yo hubiese sido hombre capaz de unirme á uno de esos partidos, si yo hubiese transigido con mi conciencia, no sufriria ni estos insultos ni estas persecuciones! París es la arena donde yo he sostenido esos combates contra mis enemigos y contra los enemigos del pueblo: no es, por consiguiente en París, en donde se puede desnaturalizar mi conducta, porque aquí tiene al pueblo por testigo. Pero no sucede lo mismo en los departamentos. ¡Diputados de los departamentos, os lo pido en nombre de la causa pública; desenganáos y escuchadme con imparcialidad! ¡Si la calumnia sin respuesta es la mas temible de las precauciones contra un ciudadano, es tambien la mas perjudicial á la patria! ¡Me han acusado de haber tenido conferencias con la reina, con la Lamballe; me han hecho responsable de las frases irreflexivas de un hombre patriota exagerado (Marat) que pedia que la nacion se confiase á hombres, cuya incorruptibilidad se hubiese probado durante tres años! Despues de la apertura de la Convencion, y aun antes, se renuevan estas acusaciones. Se quiere perder en la opinion pública á los ciudadanos que han jurado inmolar á todos los partidos. Se sospecha que aspiramos á la dictadura, y nosotros sospechamos del pensamiento de hacer de la república francesa un conjunto de repúblicas federativas, que serian sin cesar la presa de los furors civiles ó de nuestros enemigos. Vamos al fondo de estas sospechas. ¡Que no se contenten con calumniar, que se acuse, y se firmen acusaciones contra mí!»

## XXII.

El impaciente Barbaroux se levanta con la impetuosidad de la juventud. «Barbaroux, de Marsella, se

presenta, dice mirando á Robespierre cara á cara, para firmar la denuncia... Estábamos en París acabábamos de derribar el trono con los marseleses, se nos buscaba por todos los partidos, como árbitros del poder, y nos condujeron á casa de Robespierre. Allí nos designaron este hombre, como el ciudadano mas virtuoso, el unico digno de gobernar la república. Respondimos, que los marseleses jamás bajarían la frente ante un dictador. (Aplausos). He ahí lo que yo firmaré, y que yo desafío á Robespierre que desmienta. ¡Y se atreven á decirnos que el proyecto de dictadura no existe! ¡Y una municipalidad desorganizadora se atreve á lanzar mandamientos de prision contra un ministro, contra Roland que pertenece enteramente á la república! ¡Y esta municipalidad se coliga por correspondencias y por comisionados con todas las demas municipalidades de la república! ¡Y no se quiere que todos los ciudadanos de todos los departamentos se reunan para proteger la independencia de la representacion nacional! ¡Ciudadanos! se reunirán y os formarán una muralla con sus cuerpos. Marsella previno vuestros decretos, y ya está en movimiento; sus hijos marchan: si deben ser vencidos, si nosotros debemos ser bloqueados aquí por nuestros enemigos, declarad de antemano que nuestros suplentes deben reunirse en una ciudad designada, y nosotros moriremos aquí. En cuanto á la acusacion que hice contra Robespierre, declaro que yo estimaba á Robespierre, que le queria: que reconozca su falta y retiro mi acusacion; pero que no hable de calumnia! Si él ha servido á la libertad con sus escritos, nosotros la hemos defendido con nuestros brazos. ¡Ciudadanos! cuando llegue el momento del peligro, entonces juzgareis! veremos si los forjadores de noticias sabrán morir con nosotros.»

Esta despreciadora alusion á Robespierre y Marat, fué acogida con estrepitosos aplausos.

Cambon de Montpellier, alma recta y fogosa, que se

lanzaba con toda la energia de sus convicciones al lado donde veía la justicia, sostuvo á Barbaroux. Señaló los escándalos de usurpacion de poder que se habia permitido la municipalidad de París. «Se nos quiere dar el régimen municipio de Roma! exclamó. Yo digo que los diputados del Mediodía quieren la unidad republicana.» Este grito de patriotismo, fué repetido como la voz de orden de la nacion, en todos los puntos del salon. «La unidad, la queremos todos, todos, todos.»

Panis, el amigo de Robespierre, quiso replicar á Barbaroux. Refirió que sus entrevistas con los gefes marseleses no habian tenido otro objeto que el de preparar el sitio de las Tullerías. «Presidente, dijo á Petion, vos estabais entonces en el Ayuntamiento. Os acordareis que yo dije algunos dias antes del 10 de agosto: Es necesario purgar el palacio de los conjurados que hay dentro; no tenemos otro medio de salvarnos que una santa insurreccion. No quisisteis creerme. Me respondisteis que el partido aristocrático estaba abatido y que nada habia que temer de él. Me separé de vos y formamos un comité secreto. Un jóven marsellés, lleno de patriotismo, vino á pedirnos cartuchos, y nosotros no podiamos dárselos sin vuestra firma, que no nos atrevimos á pedirlos porque teniais demasiada confianza. Se puso el jóven entonces la pistola en la garganta, y dijo: Me suicido si no me dais los medios de defender mi patria. Aquel jóven nos hizo llorar, y firmamos. Por lo que hace á Barbaroux, juro que jamás le he hablado de dictadura. ¿Cuáles son sus testigos?—Yo, responde Rebecqui.—Vos sois el amigo de Barbaroux, y yo os recuso. Por lo que hace á las operaciones del comité, estoy pronto á justificarlas.—¿Por qué razon, le pregunta Brissot indignado, habeis dado un decreto de arresto contra un diputado? ¿No era para hacerle inmolar con los prisioneros de la Abadía?—Os hemos salvado y nos calumniais, replica Panis. Se recuerdan bastante las terribles circunstancias en que nos hallába-

mos. Nos veíamos rodeados de ciudadanos irritados con las traiciones de la corte, y nos gritaban: ahí teneis un aristócrata que se pone en salvo, es preciso detenerle ó vosotros tambien sois traidores. Por ejemplo, muchos buenos ciudadanos vinieron á decirnos que Brissot marchaba para Lóndres con pruebas escritas de sus maquinaciones. Yo no creía aquella inculpacion; pero la afirmaban honrados ciudadanos, que el mismo Brissot reconocia como tales. Envié á su casa comisionados con el encargo de pedirle fraternalmente franquease sus papeles. Sí, nosotros hemos ilegalmente salvado la patria.»

## XXIII.

Marat pide á su vez ser oido: el nombre, el aspecto y la voz de Marat suscitaron un murmullo de disgusto, y los gritos de: abajo de la tribuna, cierran por algun tiempo la voz del amigo del pueblo. Lacroix reclama el silencio hasta para Marat. La curiosidad mas bien que la justicia le obtiene de la Asamblea.

«Tengo en esta Asamblea, empieza diciendo Marat, un gran número de enemigos personales: «¡Todos, todos!» grita la Convencion en masa levantándose de sus bancos. Tengo en esta Asamblea un gran número de enemigos, continúa Marat; yo les ruego me respeten, que no silben y amenacen á un hombre que se ha sacrificado por la patria y por su propia salvacion, que me escuchen un momento en silencio, pues no abusaré de su paciencia. Doy gracias á la mano oculta que arrojó entre nosotros un fantasma para intimidar á las almas débiles, para dividir los ciudadanos, para despolarizar la diputacion de Paris, y para acusarla de que aspira al tribunado. Tal inculpacion no puede tener ninguna verosimilitud sino aplicándose á mí; pues bien, declaro que mis

colegas, en particular Robespierre y Danton, desaprobaban constantemente la idea de un tribunado, de un triunvirato y de una dictadura.

«Si alguno es culpable de haber propalado esa idea en el público, soy yo! Llamo sobre mi la venganza de la nacion; pero antes de hacer caer sobre mi cabeza el opróbrio ó la cuchilla, escuchadme.

«En medio de las maquinaciones y de las traiciones en que la patria se hallaba envuelta sin cesar, á la vista de los atroces complots de una corte pérfida, á la vista de los manejos secretos de los traidores encerrados en el mismo seno de la Asamblea legislativa, ¿me achacareis como un crimen el haber propuesto el único medio que creia capaz de contenernos en el borde del abismo siempre abierto? Cuando las autoridades constituidas servian solo para encadenar la libertad, para proteger los complots, para degollar á los patriotas con el arma de la ley, ¿me achacareis como un crimen haber llamado contra los traidores el hacha vengadora del pueblo? No: si me lo imputáseis como un crimen, el pueblo os desmentiria, porque obedeciendo á mi voz conoció que el medio que yo proponia era el único que podia salvar la patria; y convertido en dictador él mismo, ha sabido desembarazarse tan solo de los traidores. Yo mismo me estremecí de los movimientos impetuosos y desordenados del pueblo, cuando los vi prolongarse, y para que estos movimientos no fuesen eternamente vanos y ciegos, pedí que el pueblo nombrase un honrado ciudadano, prudente, justo y firme, conocido por su ferviente amor á la libertad, para que dirigiese sus actos y sirviesen para la salvacion pública. Si el pueblo hubiese podido conocer la rectitud de esta medida y adoptarla al dia siguiente de la toma de la Bastilla, hubiera hecho caer á mi voz quinientas cabezas de maquinadores, y hoy todo estaria tranquilo; los traidores habrian temblado, y la libertad y la justicia estarian establecidas en el imperio. Esta es la



razon por que muchas veces he propuesto dar la autoridad momentánea á un hombre prudente y fuerte, con la denominacion de tribuno del pueblo; de dictador: el nombre poco importa: pero la prueba de que yo queria encadenarle á la patria, es que proponia que se le pusiese un grillete al pie y que solo tuviese autoridad para hacer caer cabezas criminales. Tal es mi opinion: no me avergüenzo de ella, y he puesto allí mi nombre. Si aun no sois capaces de comprenderme, tanto peor para vosotros; los tumultos aun no han concluido; cien mil patriotas han sido degollados ya, porque no se ha oido mi voz, y aun lo serán otros cien mil: si el pueblo desmaya, la anarquía no tendrá fin. Me acusan de miras ambiciosas, vedme y juzgadme.» Y señaló con el dedo el pañuelo sucio que cubria su enferma cabeza, y sacudió las solapas rotas de su chaqueta sobre su pecho desnudo.

«Si hubiese querido, continuó, poner un precio á mi silencio; si hubiese querido algun destino, hubiera podido ser el objeto de los favores de la corte. Veamos, ¿cuál ha sido mi vida? Me encerré voluntariamente en calabozos subterráneos, me condené á la miseria y á todos los peligros; el puñal de veinte mil asesinos estaba suspendido sobre mí, y yo predicaba la verdad con la cabeza puesta en el tajo!....

«Solo os pido en este momento que abrais los ojos. ¿No veis un complot para sembrar la discordia entre nosotros y distraer á la Asamblea de los grandes objetos que deben ocuparla? ¿Que aquellos que han hecho revivir hoy el fantasma de la dictadura se reunan á mí, y que marchen con los verdaderos patriotas á tomar las grandes y únicas medidas capaces de asegurar la felicidad del pueblo, por la que yo sacrificaré todos los dias de mi vida.»

## XXIV.

Siguió á este discurso un silencio pavoroso. Marat, superior aquel dia en audacia á Danton, y sobre todo á Robespierre, habia dominado á sus dos rivales y admirado á la Convencion. Solo contra todos, se atrevió á hablar, como un tribuno que se entrega á los puñales de una asamblea de patricios, seguro de que el pueblo está á la puerta para defenderle ó para vengarle. Sus palabras destilaban la sangre del 2 de setiembre, y pedía un verdugo nacional por toda institucion. El crimen en su boca tenia tal magnitud, el furor en su alma se asemejaba tanto á la sangre fria de un hombre de Estado, que era peligroso y cobarde dejar una Asamblea, en su principio, flotante entre el horror y la admiracion, y necesario arrancarla una protesta unánime contra aquel teórico del asesinato. El pueblo hubiera creído ó que se temía ó que se admiraba á Marat. Vergniaud disimuló su horror, y subió, con la cabeza inclinada, los escalones de la tribuna.

## XXV.

«Si hay alguna desgracia para un representante del pueblo, dice con voz débil, es sin duda la de verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre con tantos decretos de prision, que aun no ha purgado!—De ello me vanaglorió, exclamó Marat.—¿Son los decretos del despotismo? dice Chabot.—¿Son los decretos con que fué honrado por haber echado á La Fayette? dice Tallien. Vergniaud continuó con frialdad. «¿Es una desgracia verse obligado á reemplazar en esta tribuna á un hombre contra quien se ha pronunciado un decreto de acusacion,

y que ha levantado su atrevida cabeza encima de las leyes! á un hombre, en fin, repugnante, por estar cubierto de calumnia, de hiel y de sangre....» Se oyen algunos murmullos contra las espresiones de Vergniaud, y Ducós dice: «Si hemos hecho el esfuerzo de oír á Marat, pido que se escuche á Vergniaud.» Las tribunas patean y dan voces por Marat: el presidente se ve obligado á llamar á los espectadores al respeto hácia la representación nacional. Vergniaud lee la circular de la municipalidad á los departamentos para incitar á que se imitasen los degüellos de las cárceles. Recuerda que la municipalidad, por conducto de Robespierre, denunció un complot tramado, segun él, por Ducós, Vergniaud, Brissot, Guadet, Lasource, Condorcet, y cuyo objeto era entregar la Francia al duque de Brunswick. «Robespierre, prosigue, de quien hasta entonces nada habia yo dicho que no probase mi aprecio hácia él.—Eso es falso, grita Sergent.—Como yo hablo sin encono, prosiguió Vergniaud, me felicito con una negativa que me probará que tambien Robespierre ha podido ser calumniado; pero es cierto que en este escrito se llaman los puñales sobre la Asamblea. ¿Qué diré de la invitacion formal que se hace en él al asesinato?... El buen ciudadano tiende un velo sobre estos desórdenes parciales, y trata de hacer desaparecer cuanto le es posible las manchas que podrian ajar la historia de una revolucion tan memorable. Pero que hombres encargados por sus empleos de hablar al pueblo de sus deberes y de hacer respetar la ley, prediquen el asesinato y hagan su apología, es llegar á un grado de perversidad que no se puede concebir sino en un tiempo en que toda especie de moral estuviese desterrada de la tierra!»

Boileau, amigo de los girondinos, sucede á Vergniaud, y lee en la Convencion algunas frases del periódico de Marat que incitan al degüello de los diputados: «¡Oh pueblo, nada esperes de esta Asamblea! Cincuenta

años de anarquía te aguardan, y solo saldrás de ella con un dictador, verdadero patriota y hombre de Estado.» Estallan gritos de furor contra Marat y muchas voces piden que se le conduzca á la Abadía. Marat, arrostra aquella tempestad con bravura. «Se piden decretos contra mí,» dice; «el pueblo los anonadó al enviarme aquí. De las sentencias que se alegan contra mí, me glorío y me envanezco con ellas; las merecí por haber quitado la máscara á los traidores y á los conspiradores. He vivido diez y ocho meses bajo la cuchilla de La Fayette. Si los subterráneos donde he habitado no me hubiesen ocultado á su furor, me hubiera hecho perecer, y el mas celoso defensor del pueblo no existiría ya! Las líneas que se acaban de leer contra mí, se han escrito hace diez dias cuando yo estaba indignado al ver se elegia para la Convencion esa faccion de la Gironda, que quiere proscribirme hoy.» El mismo lee una página de su diario de la mañana en que habla con mas moderacion y decencia. «Lo veis, añade, ¿de qué depende la vida de los mas probados patriotas? Si por descuido de mi impresor no hubiese parecido esta mañana en estas páginas mi justificacion, me hubiérais entregado á la cuchilla de los tiranos. Este furor ¿es digno de hombres libres?.... Pero yo nada temo en el mundo.» Al decir estas palabras saca del pecho una pistola, y aplicando la boca del cañon sobre su frente. «Declaro, dice, que si se da contra mí el decreto de acusacion, me levanto la tapa de los sesos al pie de esta tribuna...» Despues, con voz mas tierna y como agobiado por la ingratitude de sus enemigos, continúa: «Ved el fruto de tres años de encierro y de angustias sufridas por salvar mi patria. Ved el fruto de mis vigiliias, de mis trabajos, de mi miseria, de mis sufrimientos y de mis procripciones....! Pues bien, yo quedaré entre vosotros para arrostrar vuestro furor.»

Apenas acaba de decir estas palabras, cuando una multitud de diputados entre los que se distinguen Cam-

bon, Goupilleau, Rebecqui y Barbaroux se acercan á la tribuna con ademanes amenazadores. ¡A la guillotina, á la guillotina! gritan por todas partes con furor. Marat cruza los brazos sobre el pecho y mira con ojo impasible la sala que temblaba bajo sus pies. Se ve en la impasibilidad de su exaltacion que se complace con el papel de mártir del pueblo, y que la tribuna es el pedestal en que quiere se le contemple como la víctima de la revolucion.

Le hacen retirar á fuerza de voces, y fuese por piedad, ó por cansancio, la Asamblea olvida á Marat, vota la indivisibilidad de la república y se separa. Al dia siguiente Marat triunfó en su periódico de la debilidad de sus enemigos. «Dejo al lector, decia, que se entregue á sus reflexiones sobre la maldad de la faccion Guadet-Brissot. Me compadezco de algunos de sus acólitos, y los perdono, porque los han estraviado. En cuanto á los gefes Condoreet, Lasource, Brissot y Vergniaud los creo incapaces de arrepentirse, y los perseguiré hasta la muerte: han jurado que yo pereceria el 25 de este mes por la cuchilla de la tiranía ó por el puñal de los asesinos; que lo separ los amigos de la patria. Si yo muero bajo los golpes del puñal de los asesinos, saben á quién deben atribuir el crimen y de quién se deben vengar!» Las tribunas de la Convencion, llenas de lo que habia de mas violento en las secciones, sostenian á Marat con la vista y con el gesto. Queriendo un amigo de Brissot salir de la sala antes de concluirse la sesion, el oficial de guardia se lo impidió. «Libráos de que os vea esa turba, le dijo, está por Marat. Acabo de atravesarla: está fermentando. Si se da el decreto de acusacion contra el *Amigo del Pueblo*, caerán algunas cabezas esta noche.»

Tal fué la primera demostracion de los girondinos. Mal preparada y peor sostenida por los principales oradores, limitada en su plan, indecisa y abortada en su resultado, no acreditó su imperio, Robespierre salió de ella mas popular; Danton mas importante, y Marat mas impune. Lanzando todo lo odioso de la anarquía sobre Marat, los girondinos habian tratado de deshonorar la anarquía, pero habian hecho engrandecerse á Marat; este hombre se alababa de su odio y se ilustraba con sus golpes, convirtiéndose en el ídolo del pueblo, porque se presentaba á él como su mártir. Ademas, la compasion se unia á su popularidad. El papel de este hombre reclamaba una ojeada.

Marat no tenía patria. Nació en la aldea de Baudry, cerca de Neufchatel, de padres oscuros, en aquella Suiza cosmopolitana, cuyos hijos van á buscar fortuna por el mundo, y abandonó jóven y para siempre sus montañas. Anduvo errante hasta la edad de cuarenta años en Inglaterra, en Escocia y en Francia. Impulsado y rechazado por aquella vaga inquietud que es el primer genio de los ambiciosos; maestro, literato, médico, filósofo y político, habia removido todas las ideas y todas las profesiones en que se puede encontrar la fortuna ó la gloria; pero solo halló la indigencia y el bullicio. Voltaire no se habia desdenado de burlarse de su filosofía. El célebre profesor Charles habia pulverizado su física. Marat irritado respondió á la critica con la injuria. Tuvo un duelo con Charles. La legislacion criminal llamó despues su atencion, y este apóstol de la muerte en masa, concluyó que debia abolirse la pena de muerte. Sin talento para espresar sus ideas, sin decencia para sus relaciones con los hombres, la sociedad no se le ha-

hía abierto. Su orgullo herido y ofensor cerraba los corazones que su situación, sus trabajos y su mérito, hubieran interesado en su favor. Apurado por la necesidad se vió reducido á vender él mismo en las calles de París un específico de su composicion. Sus hábitos de charlatan habian hecho trivial su lenguaje, acostumbrádole á vestir mal, y envilecido sus costumbres; pero habia aprendido á conocer, á adular y á conmover el populacho.

Sin embargo, enconada y herida su fibra, le hizo amar y compadecer aquel pueblo que sufría y que era despreciado como él. Habia contraído con las masas el parentesco de la miseria y de la opresion, y juró venganzas, vengándose á sí mismo. Quería volver la sociedad como se vuelve la tierra con el arado, poniendo á la sombra lo que estaba al sol, y al sol lo que estaba á la sombra. No pensaba en una revolucion sino en una reforma general de todas las situaciones y de todos los principios falsificados por el desórden social, y restablecerlos violentamente y á toda costa, segun el plan de la naturaleza. Filosofía, resentimiento, equidad, venganza, amor del pueblo, odio á los hombres, ambicion y adhesion, asesinato y martirio, todo se confundia en su sistema. Era la utopia del trastorno, iluminado de lo alto por la luz de la filantropía, y abajo por el resplandor del incendio social.

## XXVII.

Fermentaba ya este sistema hacia años en su alma, y la revolucion vino á animarle. Marat habia llegado entonces al empleo ínfimo y humillante para su genio, de médico de las caballerizas del conde de Artois. Arrastrado desde los primeros dias de 89 por el movimiento po-

pular, se lanzó en él para acelerarlo; vendió hasta la cama para pagar al impresor sus primeras hojas volantes. Cambió tres veces el título de su periódico, pero nunca su espíritu. Era el rugido del pueblo redactado todas las noches con letras de sangre, y pidiendo todas las mañanas las cabezas de los traidores y conspiradores.

Parecia salir aquella voz del fondo de la sociedad en fermentacion. Nadie conocia al que la proferia. Marat era un ser ideal para el pueblo, cubriendo un misterio su existencia. Hemos visto que hasta madama Roland la ignoraba y preguntaba á Danton si habia efectivamente un hombre llamado Marat. El misterio, los subterráneos, los calabozos de donde salian aquellos papeles, añadian un prestigio á los escritos, al nombre y á la vida de Marat. El pueblo se enternecía por los peligros, las fugas, los tenebrosos asilos, los sufrimientos y los andrajos que cubrian á aquel que parecia sufrirlo todo por defender su causa. Marat solo salia de un escondite para entrar en otro; perseguido en 1790 por La Fayette, le cubrió Danton con su proteccion y le ocultó en casa de la señorita de Fleury, actriz del teatro francés. Teniendo sospechas en este asilo se retiró á Versalles en casa de Bassal, cura de la parroquia de San Luis, y despues su colega en la Convencion. Aquellos hermanos de la nueva religion, se visitaban y se socorrian unos á otros por los girondinos La source y Guadet; durante la Asamblea legislativa, le recogió en su bodega el carnicero Legendre. Los sófanos del Convento de los Franciscanos le ocultaron despues á él y á sus prensas hasta el 10 de agosto, que salió elevado en triunfo para entrar bajo el patrocinio de Danton en la municipalidad, y combinar allí los degüellos de setiembre. Estraño hasta entonces á todos los partidos, pero temido de todos, los jacobinos, á peticion de Chabot y Tschereau, le recomendaron á los electores de París. El terror de su nombre influyó tanto que fué elegido.

Vivia entonces en una pequeña casa en una calle inmediata á los Franciscanos, con una muger que se habia unido á sus desgracias. Esta muger aun jóven, manifestaba en su palidez y su falta de carnes las señales de las miserias que sufría con él y por él. Era la muger de su impresor, á quien Marat habia seducido, y hecho separar de su marido. Sacrificada por él, se veía obligada á pasar una vida errante y tenebrosa, y á sufrir la ignominia de aquel hombre. Querida, cómplice y criada de Marat, habia aceptado todas las servidumbres para sufrir ó para morir con él. Marat no se comunicaba con la vida exterior, sino por medio de esta muger y del regente de la imprenta de su diario; privado de sueño y de aire, no renovando nunca su alma con la conversacion de sus semejantes, trabajando diez y ocho horas diarias, sus pensamientos encendidos por la tension de espíritu y por la soledad, habian llegado á ser una verdadera obsesion. En la antigüedad hubieran dicho que estaba poseido por el espíritu de esterminacion: su lógica violenta y terrible, siempre venia á parar al asesinato; todos sus principios pedían sangre, y su sociedad no podia fundarse sino sobre cadáveres y sobre las ruinas de todo lo que existía. Perseguia su ideal á través de la sangre, siendo para él el único crimen detenerse ante un crimen.

Su corazón, sin embargo, no estaba siempre bastante endurecido para que no se debilitase bajo el peso de su teoría. Tuvo ráfagas de virtud y sorpresas de enternecimiento. Dos rasgos, por mucho tiempo desconocidos en la historia, prueban que algunas veces se hallaba en él el hombre bajo la figura del insensato. Mientras los degüellos de las cárceles, que él habia inspirado y dirigido, uno de los libertadores de Cazotte, despues de haber conducido al padre y á la hija á su casa, vino con temor á contar á Marat su debilidad, y Marat lloró al escuchar aquella relacion. «Has hecho bien, dijo al asesino admirado. El padre merecía la vida por tener tal hija; pero en

cuanto á los suizos que habeis perdonado, habeis hecho mal, debiais haber inmolado hasta el ultimo.» El resentimiento contra su primera patria, en donde habia sufrido la miseria y la oscuridad, solo podia extinguirse en la sangre de sus compatriotas.

## XXVIII.

Pocos dias antes de aquellos asesinatos, una jóven de una belleza y de una inocencia sin mancha, supo por los rumores que circulaban en las cárceles que los presos iban á ser degollados. Su padre, empleado en las Tullerías antes del 10 de agosto, estaba encerrado en la Abadía; esta jóven no tenia madre, y su desesperada ternura la llevaba de puerta en puerta para obtener la vida de su padre. Pero ninguna se le abria. Manuel, Danton y Pánis rehusaron verla. A cada instante la parecia oír sonar el toque del degüello, y se sacrificó como Judith, no por su ciudad, sino por salvar á su padre; haciendo en su alma el holocausto de su virtud. El nombre del amigo del pueblo se presentó á su imaginacion, encontró una muger que conocia á Marat, y la dió una carta para él. Esta carta, en la que le ofrecia entregarse á él por precio de la vida de su padre llegó á manos del amigo del pueblo. La mensajera le pintó la juventud, los encantos y la pureza de la que le escribía, y Marat abrió la carta con una equívoca sonrisa. «Decid á esa muchacha, que esté esta noche sola en el terraplen de la orilla del rio. El hombre que se la acercará sin hablarla, y la cogerá el brazo será Marat; que le siga guardando silencio.» La jóven obedeció, Marat fué, y llevó tras sí á la desconocida muda y temblando á la estremidad de los Campos Eliseos, entró en un bodegon, pidió un cuarto solo y una hijera comida. Mientras la preparaban, Marat se acercó

y cogió la mano á la jóven que no se atrevia á abrir los ojos; al fin cayó á sus pies derramando un torrente de lágrimas. «¿Me teneis miedo, la dijo Marat, con una voz conmovida, os causo horror y consentis en entregáros á mí?—Yo acepto todo lo que pueda salvar á mi padre, tartamudeó la victima.—Bien, levantaos, dijo Marat tranquilizándola, este sacrificio me basta: he querido ver hasta donde llegaba el amor filial; seria un cobarde si abusase de tanta decision, y no quiero manchar lo que admiro: mañana sé os volverá vuestro padre....» Volvió á coger el brazo de la jóven y la condujo hasta la puerta de su casa.

## XXIX.

El exterior de Marat revelaba su alma. Pequeño, flaco y de mucho hueso, su cuerpo parecia incendiado por un fuego interior. Tenia la cara marcada con manchas de bilis y sangre. Sus ojos, aunque salientes y llenos de insolencia, parecían sufrir con la claridad del dia. Su boca muy hendida, como para lanzar la injuria, tenia el gesto habitual del desden. Conocia la mala opinion que todos tenian de él, y parecia que la desafiaba: llevaba la cabeza erguida y un poco inclinada á la izquierda, como en el reto. El conjunto de su cara, vista de lejos y recibiendo la luz de arriba, tenia brillo y fuerza, pero en desórden. Todas sus facciones eran divergentes como el pensamiento; era lo contrario de la cara de Robespierre, convergente y concentrada como un sistema: la una indicaba meditacion constante; la otra esplosion continua. Al revés de Robespierre, que afectaba la limpieza y la elegancia, Marat afectaba trivialidad y desaseo en su traje. Zapatos sin hebillas y suelas con clavos, un pantalon de tela ordinaria, manchado de barro, la chaqueta corta de

los artesanos, la camisa abierta descubriendo el pecho, y dejando á la vista los músculos del cuello: las manos gruesas, el puño cerrado, el pelo grasiento y enredado siempre por sus dedos; Marat queria que su persona fuese la imágen viva de su sistema social.

## XXX.

Tal era el hombre que los girondinos habian hábilmente escogido para ajar en él á la faccion de la municipalidad, que les era contraria. Atacado por ellos, abandonado por Danton, y negado por Robespierre, Marat acababa de escapárseles solo por la energia de su actitud y por la franqueza de su language. Conocieron que era necesario volver á emprender el combate, llevar á cabo la victoria ó inclinar la cabeza delante del triunvirato. Era el momento en que la Convencion debia de nombrar nuevos ministros ó conservar el ministerio del 10 de agosto, Roland, Danton, y Servan, presentaban su dimision, á menos que una invitacion formal y esplicita de la nueva Asamblea no les diese nueva fuerza legitimando su autoridad.

Se abrió la discusion sobre este punto. Buzot, órgano de Roland, pidió á la Convencion que relevase de su cargo á Servan, ministro de la Guerra, por causa de su enfermedad. «Yo suplicaria á Danton permaneciese en su puesto, si él no hubiese declarado tres veces que queria retirarse. Tenemos el derecho de invitarle, pero no el de obligarle. En cuanto á Roland, es una politica bien estraña no querer hacer justicia, no diré á los grandes hombres, sino á los hombres virtuosos que han merecido confianza. Se nos dice: no nos faltan hombres virtuosos y capaces. Estraño á este pais de virtudes y de intrigas, pregunto á mis colegas, ¿dónde están? A pesar de las

murmuraciones, las calumnias y las amenazas, me envenezco con decirlo; Roland es mi amigo: le tengo por hombre de bien, y todos los departamentos piensan como yo. Si Roland queda, es un sacrificio que hace á la causa pública, porque de ese modo renuncia al honor de sentarse entre vosotros como diputado; sino queda, pierde la estimacion de los hombres de bien. La nacion no conoce vuestros odios y dice á los hombres honrados: continuad sirviéndome y tendreis siempre mi aprecio.—Pido, dice Philippeaux, que se estienda la invitacion de Danton.—Y yo declaro, responde Danton, que me niego á esa invitacion, porque creo que no es digna de la Convencion.—Y yo, replica Barrere, me opongo á todo paso que dé la Convencion para retener á los ministros; seria contrario á la magestad y á la libertad del pueblo. Recordad las palabras de Mirabeau: *No pongais en balanza jamás un hombre y la patria.* Yo rindo homenaje á las virtudes y el patriotismo de Roland; pero no se puede ser libre mucho tiempo en un pais en que se eleva con las adulaciones á un ciudadano sobre los demas.—Yo, añade Cambon, no puedo oír que se aplauda á un hombre sin temblar.» Danton se levantó de nuevo, impaciente con una discusion que ella sola era un homenaje al nombre de Roland. «Nadie, dice con fingida deferencia, hace á Roland mas justicia que yo; pero si le haceis una invitacion, hacedla tambien á su muger, porque todo el mundo sabe que Roland no estaba solo en su departamento: yo estaba solo en el mio.» A estas palabras se oyen en los bancos de los jacobinos carcajadas malévolas contra madama Roland, los susurros de la mayoría ahogan y critican á Danton lo inconsiderado de su alusion, y él se irrita con aquellos murmullos. «Pues se me obliga á decir claro mi pensamiento, recordaré que hubo un momento en que de tal modo estubo destruida la confianza, que ya no habia ministros, y que el mismo Roland tuvo intencion de salir de Paris.—Conozco ese he-

cho, responde Louvet, fué cuando se entapizaban las calles con carteles repugnantes, con las mas atroces calumnias. (Muchas voces: Era Marat). Temiendo por la causa pública, y temiendo por el mismo Roland, fui á hablarle de su peligro y me contestó: *Si me amenaza la muerte, debo aguardarla, ese será el último crimen de la faccion:* por consiguiente Roland podia haber perdido alguna confianza; pero habia conservado todo su valor.» Valazé sostiene á Louvet y defiende á Roland. «Se os ha citado á Aristides; si los atenienses sentenciaron al ostracismo á este hombre justo, espieron su injusticia volviéndole á llamar: si Roma desterró á Camilo, éste fué vengado volviendo á su patria. Los nombres de Roland y de Servan son sagrados para mí. (Se aplaude esta manifestacion de amistad). ¿Qué le importa á la patria, continúa Lasource, que Roland tenga una muger inteligente que le inspire sus resoluciones, ó que estas resoluciones vengan de él mismo? (Aplausos). Este mezquino medio no es digno de los talentos de Danton (nuevos y mas numerosos aplausos). Yo no diré, como Danton, que es la muger de Roland quien gobierna, pues esto seria acusar á Roland de ineptia. En cuanto á la falta de energia, diré que Roland respondió con valor á los malvados anuncios en que se trataba de ajar la virtud de un hombre íntegro. ¿Cesó alguna vez de predicar el orden y las leyes? ¿Cesó nunca de quitar la máscara á los agitadores? (Aplausos). ¿Débese, sin embargo, invitarle á que continúe de ministro? No. ¡Desgraciadas las naciones reconocidas! lo digo con Tácito: ¡el reconocimiento hizo la desgracia de las naciones, porque él es quien hizo los reyes! (Nuevos aplausos).»

Esta oportuna intervencion de un amigo de Roland eludió la cuestion, sin resolverla, y dejó á los girondinos los honores de la magnanimidad. Escribió al dia siguiente á la Convencion una de estas cartas leidas en sesion pública, y que indirectamente le daban la palabra

en la Convencion y la influencia del talento de su muger en la opinion. Estas cartas á las autoridades constituidas, á los departamentos y á la Convencion, eran los discursos de madama Roland: rivalizaba de este modo con Vergniaud, luchaba contra Robespierre y anonadaba á Marat. Se conocía el genio, se ignoraba el sexo y combatía disfrazada en la guerra de los partidos.—«La Convencion «decía Roland en su carta» ha demostrado su prudencia, no queriendo conceder á un hombre la importancia que parecería dar á su nombre la invitacion solemne de que permaneciese en el ministerio; pero su deliberacion me honra y ha pronunciado su deseo bien claramente. Este deseo me basta, me abre la carrera y me lanzo á ella con valor. Permanezco en el ministerio porque hay peligros que arrostrar, y los arrostro sin temer ninguno, desde el momento que se trata de salvar mi patria... me consagro hasta la muerte. Bien sé las tormentas que se forman, hombres ardientes, y quizá estraviados, toman sus pasiones por virtudes, y creyendo que solo ellos pueden servir bien á la libertad, siembran la desconfianza contra todas las autoridades que ellos no han creado, hablan de traicion, provocan las sediciones, afilan los puñales y meditan las proseripciones. Se forman un derecho de su audacia y una muralla del terror que tratan de inspirar; arrastrarian á la destruccion un imperio bastante desgraciado para no tener ciudadanos capaces de quitarle la máscara y de contenerlos. ¡Cuán culpable no sería el hombre superior por su fuerza ó sus talentos en esta horda insensata, que quisiese hacerla servir á sus ambiciosos designios! ¡Que tan pronto con la apariencia de una indulgencia magnánima, escusase sus injusticias, tan pronto atenuase sus escesos!... Tal ha sido la marcha de los usurpadores desde Sylá hasta Rienzi... Se os han denunciado proyectos de dictadura y de triunvirato: ¿han existido! Se me ha acusado de falta de valor, y yo preguntaré, ¿cuál fué el valor, en los dias

lúgubres que siguieron al 2 de setiembre, de parte de aquellos que protegian los asesinos?»

Estas alusiones directas á la municipalidad de París, á Danton y á Robespierre, eran una declaracion de guerra, en que la irritacion de la muger ultrajada se sobreponia á la sangre fria del político. De este modo rechazó á Danton indeciso á las filas de los enemigos de los girondinos, y Danton se hizo irreconciliable. Aun se trató de conmooverle y atraerle al partido, que era mas análogo á su naturaleza de hombre de estado. Prestóse á ello por un momento, porque la anarquía prolongada le disgustaba, y fingió mas deferencia por Robespierre que la que en realidad tenia, confesando claramente lo mucho que le disgustaba Marat. Apreciaba á Roland y habia admirado á su muger; la elocuencia de Vergniaud le entusiasmaba; su alma era demasiado fuerte para conocer la envidia; su corazon conservaba mal el odio, y su alianza con los girondinos era fácil, y hubiese armado las teorías de Vergniaud de la fuerza de ejecucion que faltaba á este orador platónico. La Gironda solo tenia cabezas, Danton hubiese sido su brazo; él se inclinaba hácia estos hombres, y amaba la revolucion como un liberto que no quiere volver á caer en la servidumbre.

## XXXI.

Anhelaba tambien Dumouriez esta reconciliacion de Danton y los girondinos, porque daba á la Francia un gobierno, cuya espada hubiera sido él. Reunió á su mesa á Danton y á los principales gefes de la Gironda; se habló de imponer silencio á los resentimientos, se habló de no remover la sangre de setiembre, de la que solo podian salir exhalaciones mortales para la república; de relegar á Robespierre y á Marat á la impotente idolatría de las facciones; de llamar á París una fuerza departamental